

COLECCIÓN ARIEL

MISCELÁNEAS Y DOCUMENTOS DE EDUCACIÓN POPULAR

SE PUBLICA QUINCENALMENTE EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C. — APARTADO 533

EL DERECHO AL AMOR

El conde de Maigny, viejo noble arruinado, tiene tres hijos: Odette (*La Lys: El Lirio*) de 35 años, Cristiana de 25, y un hijo, Gerardo, que el conde quiere casar con Simona Darcey, hija de un rico industrial. — Algunos días antes de la ceremonia, el señor Darcey retira su compromiso, declarando que el matrimonio es imposible. Cristiana se ha comprometido con un señor de la vecindad, un tal Arnault, que desde hace 10 años vive separado de su mujer, quien no le acepta por nada el divorcio. Ya en la parroquia se murmura mucho del asunto. El conde de Maigny, después de haberle preguntado á Odette, que nada sabía de las relaciones de su hermana con Arnault, hace venir á la «culpable» para interrogarla

- ODETTE Mi querida...
- DE MAIGNY (interrumpiendo á Odette). Cristiana!... Tu eres una hija honrada... no es cierto?
- CRISTIANA (sorprendida). Sí, papá...
- DE MAIGNY Y nada tienes que reprocharte?
- CRISTIANA ...No, papá...
- DE MAIGNY Sin embargo, hija mía, se te acusa de una infamia!
- CRISTIANA De una infamia?
- DE MAIGNY Sí, te acusan de tener íntimas relaciones con el Sr. Arnault...
- CRISTIANA Yo?
- DE MAIGNY Sí, tú!
- CRISTIANA Íntimas relaciones!...
- DE MAIGNY Sí, relaciones íntimas con el Sr. Arnault, es claro!
- CRISTIANA Yo no comprendo!...
- DE MAIGNY Es preciso comprender y responderme.
- ODETTE Pero como quieres que te responda?... Todo esto es ignoble...
- CRISTIANA Ignoble! Quién ha podido?...
- ODETTE Ha sido Gerardo!
- GERARDO Sí, he sido yo! He sido yo quien ha contado aquí...
- ODETTE Has hecho muy mal. Lo que tú has hecho...
- DE MAIGNY Odette!... Yo te suplico que me dejes á mí el derecho de juzgar la conducta de tu hermano... Para Cristiana y para todos nosotros su deber era hablar...
- CRISTIANA Pero qué es lo que él os ha podido decir?
- GERARDO (á Odette). ...La cosa es bien grave...
- ODETTE Para tí, para tí solo...
- DE MAIGNY De veras?
- GERARDO Y la reputación de Cristiana, entonces, para nada se cuenta?
- ODETTE Debe permanecer por encima de toda sospecha!...
- GERARDO Ya lo creo!
- ODETTE Y entonces por qué dudas de ella?
- DE MAIGNY Basta, Odette!...

- CRISTIANA Todo esto es horrible, odioso!
GERARDO Talvez más aun de lo que piensas, Cristiana.
CRISTIANA Vamos, explícate... y después espero que habréis concluido con este interrogatorio. Vengo aquí preocupada con la ruptura de tu matrimonio, ansiosa de verte y de saber las esplicaciones que te hayan dado en casa de Darcey, y de improviso tú me acusas...
- GERARDO Oh! no soy yo quien te acusa.
CRISTIANA ...de haber tenido relaciones con el Sr. Arnault. Pero qué quiere decir esto?
- GERARDO Esto quiere decir que se trata de tu honra y de la mía!...
CRISTIANA Tu honor no me preocupa! Solamente me interesa el mío, y yo deseo saber como te habeis atrevido á hablarle á papá...
GERARDO Es culpa tuya! Habeis hecho cosillas... inconcientemente... estoy seguro, de las cuales todos hablan... y mucho.
CRISTIANA Yo?
- (Un silencio).
DE MAIGNY Dime, Cristiana, has ido sola á casa del Sr. Arnault?
CRISTIANA Cómo... sola?
DE MAIGNY (mirándola siempre con fijeza). Si... sola... no comprendes... sola?..
CRISTIANA Me he detenido en su casa dos ó tres veces.
DE MAIGNY Sola?
CRISTIANA Volví en bicicleta... él estaba en su jardín... la reja estaba abierta...
DE MAIGNY Y te ha rogado que entres... esas dos ó tres veces...?
CRISTIANA Cómo? Dos ó tres veces?
DE MAIGNY Sí... cada vez... él estaba junto á la reja de su jardín... y cada vez él te suplicaba que entraras...!
- CRISTIANA (confundida). Pero no!
DE MAIGNY Entonces tú entrabas sin que se te rogara... Tú sabías que él sería muy dichoso con acojerte.
CRISTIANA (siempre más confundida). Pero no!... Entraba así... muy naturalmente.
DE MAIGNY Por supuesto, muy naturalmente... Tú encuentras esto natural! Sinembargo yo lo encuentro lo más incorrecto, incorrecto, entiendes? (Pausa). Cómo! el Sr. Arnault nunca tenía tiempo de venir á nuestra casa y tú lo buscabas, tú, para hacerle visitas!...
- CRISTIANA Pero, papá...
DE MAIGNY Y tú no has ido á su casa, sola, mas que dos ó tres veces?
CRISTIANA (vacitante). Sí.
DE MAIGNY Es fiel tu memoria?
- (Cristiana vacila y se calla).
GERARDO (dulcemente). Dí la verdad completa, Cristiana. Ella es menos grave, quizás, de lo que sería la más pequeña mentira!... Tal vez te entretenía verlo pintar, verlo trabajar! En fin, yo busco, pues, una esplicación, ya que tú no nos das ninguna... Vamos, es cierto?... Tú no te ocultabas... Todos te han visto... menos nosotros.
CRISTIANA Pero no, yo no me ocultaba!..
ODETTE (maravillada). De veras, Cristiana?
CRISTIANA Yo no veía ningún mal...
DE MAIGNY Pero te cuidabas bien de hablarnos de eso, aun á tu hermana!
CRISTIANA Pero si más de una vez, al volver de mis paseos en bicicleta le dije á Odette que me había encontrado con el Sr. Arnault...
DE MAIGNY ... pero tú no le has dicho que habías entrado á su casa!..
CRISTIANA Eso tenía para mí tan poca importancia... Hasta es muy posible que se lo haya dicho á Odette...
ODETTE Es posible, Cristiana, pero yo no lo recuerdo.
DE MAIGNY No!... Tú nada le has dicho porque conocías perfectamente

- tu culpa!... Pues bien, lo que has hecho es inaudito!... Y si yo no tuviera una tan gran confianza en tí...
- CRISTIANA He tenido la culpa, por supuesto... lo comprendo bien ahora... pero yo no me imaginaba que en el campo...
- DE MAIGNY En el campo más que en ningún otro lugar! Cuando un hombre que vive soltero, como Arnault, cuando una jovencilla...
- CRISTIANA Una jovencilla!...
- DE MAIGNY Esacto! á tu edad tú debes saber bien lo que haces... Y Gerardo tiene razón!... Cien veces, mil veces razón!... Juraría que tú desafías al mundo y sus maldades y sus maledicencias!...
- CRISTIANA Oh! el mundo.
- DE MAIGNY Eh?
- CRISTIANA Nada.
- DE MAIGNY Casi no te preocupa eso, no es cierto?... Eso es lo que tú quieres decir!... Por «el mundo» no te ibas tú á privar de un paseo más ó menos conveniente y que te gustara... Su opinión te importa tanto como el honor de Gerardo del cual hablabas hace poco!... Sinembargo, mi muchachita, debes saber que el honor de Gerardo, el tuyo y el nuestro no es más que uno: el honor de los Maigny! y que yo no soportaría de que á causa de tus inconsecuencias...
- CRISTIANA Pero, en resumidas cuentas, qué es lo que yo he hecho?
- DE MAIGNY Todo lo que me acabas de confesar... y todo lo demás que puedas ocultarme...
- CRISTIANA Papá!
- DE MAIGNY Tu conducta me sorprende de tal modo... Cuando se cometen imprudencias semejantes... Ahora comprendo lo que han debido figurarse los Darcey...
- CRISTIANA (dirigiéndose á Gerardo) Darcey? Qué es lo que te ha dicho Darcey?...
- GERARDO Solamente una cosa... Que no me concede á Simona.
- CRISTIANA Y tú has podido pensar que esto era con motivo de mis visitas al jardín?...
- GERARDO Oh! si no fuera más que eso!
- CRISTIANA Qué, entonces? Acaso mis paseos por el bosque...
- GERARDO Eso es!... Tus paseos en el bosque con Jorge Arnault!... Eres tú quien habla de ellos!... Yo de eso no le había dicho nada á papá...
- CRISTIANA Y tú crees?...
- GERARDO Yo... y todo el barrio no habla más que de eso!
- CRISTIANA Mientes!
- GERARDO Sabes tú cómo se llama el punto de cita de Acquigny? La plaza de los Enamorados!
- CRISTIANA Y se han atrevido á decirte esto! Y tú has querido oirlo!...
- GERARDO Y tú te has atrevido á repetirlo!... Cobarde!...
- GERARDO Ah! me han dicho muchas otras cosas, pero no las repetiré jamás!...
- CRISTIANA Pero dílas, pues... dílas, pues!...
- GERARDO No, Cristiana, es suficiente ya... Tú debes comprender ahora que te veías muy ameuado con Jorge Arnault!
- CRISTIANA (estallando) Y bien, si me he visto con él!... sí!... sí!... sí!... Y esto es todo lo que tú querías hacerme decir?... Está dicho!... Es preciso agregar también que Arnault me gusta, que tiene talento, que tiene espíritu! Y que por esto es por lo que yo he buscado su compañía algunas veces... todo lo que yo no encontraría nunca en la casa cuando tú estás, me entiendes. Gerardo...
- ODETE Cristiana!
- CRISTIANA (De Maigny la obliga á callarse y á que lo escuche). (siempre exaltada) ... y aun más cuando no podía suponer que

hubiera personas tan imbéciles y malvadas que creyeran todas estas infamias!... ni que yo tuviera un hermano... tan miserable que viniera á contárselas á papá sin creer en ellas!...

GERARDO (colérico). Si yo hubiera creído, pequeña desgraciada...

CRISTIANA (desafiando á Gerardo). Qué habrías hecho si hubieras creído?

GERARDO No hubiera tratado como un malhechor á este hombre honrado de Darcey, que en eso cree, y que por lo mismo, sin decirlo, me rehusa á Simona á quien yo amo!

CRISTIANA Olvidas acaso que tú me has dicho que no la amabas?

GERARDO Talvez no habría ofendido y abofeteado al guardabosque de Arnault cuando me echó en cara que yo era el hermano... (se detiene). Cuando me han dicho una de esas palabras que deshonan á una familia!... Si hubiera creído no estaría contento de ir á este paso... (Toma su sombrero y se encamina hacia la puerta) á persuadir á tu Arnault para que no se interponga nunca más en tu camino... ni en el mío.

CRISTIANA (En un grito de espanto). Gerardo!...

(Cristiana hace un esfuerzo sobrehumano para dominar su emoción. Vuelve la la cabeza. De Maigny, Odette y Gerardo, sorprendidos con el grito de angustia que ha lanzado, la miran en silencio. De Maigny se le acerca.)

DE MAIGNY (A Gerardo). Espera!... Cristiana... acabas de dar un grito... (Un silencio). Por qué nos has engañado? Por qué mientes? Cómo es que mi hija puede amar á Arnault, un hombre que no puede casarse contigo? Me lo dirás? (Cristiana no chista). Me lo dirás?... Pero confíesalo, pues! Tus labios tiemblan... Pero confiesa que le amas!

CRISTIANA (Finalizando el esfuerzo). Sí...

GERARDO Eh! Caramba!

(Sorda exclamación de Odette. Gesto desesperado de Cristiana).

DE MAIGNY (A Cristiana). Ah, hija mía, es preciso que te expliques. Tú no te ocultas para nada! Tú vas á su casa! Paseas con él! Tienes encuentros! Qué quieres tú que yo piense de todo esto? Qué es lo que tú quieres que yo crea?

CRISTIANA Él Sr. Arnault es un hombre honrado...

DE MAIGNY Un hombre honrado no compromete á una señorita honrada... Pero tú eres aun una niña honrada?... He aquí algo que yo no sé! Has mentido tanto!

CRISTIANA Papá!...

(Movimiento de Odette).

DE MAIGNY He aquí lo que yo no sé!... He aquí lo que yo no quiero saber!...

CRISTIANA Papá... escúchame...

DE MAIGNY Cuidate, Cristiana, cuidate de no mentirme porque yo quiero creerte esta vez... (emocionado). Tengo tanta necesidad de creerte... (Cristiana intenta alejarse pero un gesto de Maigny la detiene). Tu sabes cuánto te amo, Cristiana, si yo siempre te he amado, hija mía, y hoy no se si puedo abrazarte aun.. Oh, sobre todo no me digas nada! Pero si yo puedo aun abrazarte, Cristiana, ven á mí!... seré yo quien te pida perdón. Te espero!...

(En tanto que Maigny dice: «Te espero», Cristiana muy vacilante se acercaba hacia su padre, pero cuando ella lo oye decir: «Yo te pediré perdón» ella se detiene de pronto. De Maigny la espera. Gerardo y Odette observan con una ansiedad inespresable, hasta los menores gestos; de pronto Cristiana se decide, se aparta de su padre y vacilante, apoyándose en los muebles, se dirige hacia la puerta. Odette y Gerardo hacen un movimiento de estupor).

DE MAIGNY (Con un aspecto fierísimo y con voz sorda y sofocada). A dónde vas?

CRISTIANA Déjame partir!

DE MAIGNY Tu no partirás! Harás lo que yo te ordene!... lo que yo quiera. Aquí te quedarás, con nosotros, muy á tu pesar.

- CRISTIANA No tienes el derecho de retenerme.
DE MAIGNY Tu no tienes el derecho de deshonrarnos.
CRISTIANA Deshonraros! Vosotros no pensáis más que en vuestro honor!...
- DE MAIGNY Y tú, tú no piensas...
CRISTIANA Pues bien, sí! Es verdad! bastante os lo he ocultado! bastante os he mentido! pero como no habeis cesado de hostilizarme, yo no os he dicho la verdad: Pues bien, sí! Es verdad! no pienso más que en él! le amo! Todo lo he hecho para que no supierais nada! He mentido!... He mentido!... He mentido!... Qué queríais que hiciera?... No podía, sin embargo, deciros que yo lo amaba y que él me amaba, ni que nos habíamos jurado—en vista de que todo conspiraba para separarnos—vivir uno para el otro, por siempre jamás!... tampoco podía deciros que hemos sido más débiles que niños y que nuestro amor ha sido más fuerte que todo... más fuerte que todo lo que él podía decirme... además, no podía haceros comprender, pues no lo habríais comprendido nunca, que no siempre se tiene el derecho de exigir á una señorita, sea vuestra hermana ó vuestra hija, que renuncie al amor, que se haga vieja, que se haga vieja sin haber amado jamás!... Es verdad, sí, yo lo he amado... Y vosotros habríais querido que yo ahogara este amor! mi primero y mi último amor!... pero eso no fué posible! Poseo un corazón como el vuestro!... un corazón que no desea más que amar... Tengo veinticinco años... mañana, treinta... pasado mañana tendría la edad de Odette!
- DE MAIGNY Odette es una santa, y tú no eres más que una...
CRISTIANA Yo sé lo que soy. (Mirando á Odette). También sé lo que tú habrías podido ser... Yo no podía amarlo sino mintiendo y tuve que mentir... Por lo demás, quién no miente aquí? Mentimos todos! Odette os miente cuando os dice que ella es feliz, con su tranquilo aspecto, en el cual podeis leer la amargura de su juventud perdida! No he querido envejecer como ella!
- GERARDO Y tú nos has deshonrado!...
CRISTIANA Gracias á vuestro honor yo he mentido, me he rebajado, envilecido, he profanado mi bello amor con la astucia! Pero ahora esto ha concluido! Esto ha concluido!... Yo soy su mujer! Me pertenece y le pertenezco! Es mi marido. Nuestro matrimonio es tan honrado, tan hermoso, como habría sido el de Gerardo, para el cual se necesita una dote, un notario y un cura!
- GERARDO (avanzando). Cállate!
CRISTIANA Yo no tengo más que mi amor! me ha sido suficiente, y yo me he entregado por nada!
- GERARDO Por el placer!
CRISTIANA Y tú? No era por el placer por el que te ibas á casar con Simona? Habla! Porque, después de todo, antes de ir á buscar á las gentes en nombre del honor, sería preciso saber cuál de los dos tiene razón: yo que me entrego ó tú que te vesdes.
- DE MAIGNY Basta! Tú has querido deshonrarnos, pero yo te enseñaré lo que es el honor y te juro que tendrás para recordarlo; en cuanto á él...
- GERARDO De eso me encargo yo!... (Va á salir).
ODETTE Espera!... Cristiana tiene razón!...
DE MAIGNY Cómo?
ODETTE Ella tiene razón! Tiene razón!...
DE MAIGNY Tú también te has vuelto loca, tú?
ODETTE No!... Pero yo tengo el derecho...

- DE MAIGNY Entonces, calla! Pues tú me harías creer que siendo honrada has sido muy infeliz.
- ODETTE Bastante lo he sido!... y he tenido el valor de ocultarte mis sufrimientos por tanto tiempo que hoy tengo el derecho de decirte que no hay mayor desdicha para una niña que ha llegado al estado de Cristiana que la de verse envejecer tristemente, así como yo he envejecido!
- DE MAIGNY Sí!... No la hay mayor, por cierto!
- ODETTE No!... Vosotros, los hombres, no sabéis nada de esto!... Y tú, papá, tu no lo sabrás nunca! Tu no has sido jamás tan joven... tan alegre... tan descuidado y el descuido es propio de la juventud!... Por otra parte nunca has tenido tiempo de ocuparte de lo que hacíamos. Sí, yo sé, á veces atravesabas la casa, nos oías reir y con esto quedabas conforme!... eco engañoso de la risa de todas estas señoritas que traen aquí, cuando nos visitan, un poco de su felicidad!... Y tu pensabas: Ríen, son felices... No, papá, no... eran otras las felices!... Nosotras, no!... No te hablo de mis tristezas, pero piensa que junto á mí, junto á mi dolor, yo he tenido esta otra pena atroz, la de ver á nuestra pequeña Cristiana que iba creciendo para la misma desventura mía, la más horrible de todas: la soledad. En torno suyo veía casarse á todas sus amiguitas y á ella, á ella también, no le quedaba más que una esperanza...
- DE MAIGNY Tenía el deber de esperar...
- ODETTE Y la esperanza de envejecer! Yo bien sé lo que digo. Mírame papá, pues si tú has permanecido joven, tú, yo desde hace mucho tiempo no lo soy! fijate en mi pobre cara y recuerda!... Yo también, yo he sido joven y bonita y sin embargo ignoré siempre lo que la mujer y la belleza han venido á hacer al mundo... todo en mí está marchito! todo en mí está estinto! estoy destruida!... Como quieres tú que yo no tema por Cristiana? Eso era lo que le esperaba.
- DE MAIGNY Tu ternura por Cristiana te hace delirar!
- ODETTE No! Mi desesperación es la que habla, y no te pido que me compadezcas... pero tu has perdido el derecho de castigar... porque nunca has sabido prevenir!... Ella ha visto nuestro capital engullido, despilfarrado...
- DE MAIGNY Odette!
- ODETTE Sí, despilfarrado!... Recuerdo que mi madre ha muerto de pena!... y no fué solo á causa de esto!...
- DE MAIGNY No tengo más hijas!...
- ODETTE Esta es tu culpa! Has cogido de la vida todo lo que pudo darte, sin que te preguntaras lo que ella les reservaba...
- DE MAIGNY Vete, pues con ella!
- ODETTE No, tengo el derecho de hablar así, porque yo, yo soy la que se queda!...
- DE MAIGNY He tenido mis pecados, lo admito; pero que tú la disculpes, tú... que tú te atrevas á hablar como...
- ODETTE Hablo como una hija honrada que ha debido renunciar á todo, por tu culpa, papá, puesto que he renunciado al amor, que es la única cosa que vale en la vida! Y tú esperabas que Cristiana consentiría, ella también, semejante sacrificio! Te parecía tan natural como sencillito ha parecido el mío... Porque á vosotros, los hombres, os parece muy sencillito que ignoremos todas las alegrías de este mundo, en tanto que vosotros no os priváis de ninguno de sus placeres. No podéis concebir que se nos ocurra siquiera faltar á vuestro honor, por ser el *vuestro*. Siempre se trata de *vuestro* honor, por supuesto. Vuestro honor, aunque nos mate! Y los padres y los hermanos jamás sabrán cuanto han sufrido por ellos

las hijas honradas que en silencio luchan contra sí mismas! Pues somos demasiado orgullosas para quejarnos, y si no hubiera sido necesario defender hoy á Cristiana, de seguro que jamás me hubierais oído. Pero fíjate, papá, el orgullo no es todo en la vida. Si me ha ayudado á callar, no me ha consolado! No ha apagado mi sed de ternuras! Apenas ha logrado hacer de mí lo que soy! Una mujer pura y desesperanzada para siempre! He aquí con qué dolorosas lágrimas he pagado el derecho á la felicidad de una de las dos, y todas las mujeres, todas, las más honradas y las más virtuosas, todas las que han envejecido, todas las que han sufrido y llorado como yo y que no han amado, para que siguierais siendo personas honorables, todas estarán contra vosotros! Vete pues, Cristiana... Vete... Tú tienes razón!... Tú tienes razón!... Vete hacia la vida, hacia el amor! Soy yo quien te liberta... Tú nada les debes... Yo he pagado tu rescate!

(Cae el telón)

PIERRE WOLFF Y GASTONE LEROUX

Le Lys, hermoso drama representado en el Vaudeville de París el año anterior y publicado por *L'Illustration* de la misma ciudad. Trad. de ARTEL.

VISIÓN LUNAR

Bajo la plateada caricia de la luna
que se levanta
y bajo de un rocío mirífico de estrellas,
cruzan las tres hermanas silenciosas y bellas
y los musgos parecen sonreír á su planta...
y van silientemente, sin mirar cosa alguna,
bajo la plateada caricia de la luna.
Van blancas y desnudas, cogidas de la mano,
la vista al cielo...
Se tiende solitaria la cinta del camino,
y cuando cruzan ellas, un lampo repentino
la huella de sus pasos dibuja sobre el suelo...
Y yo voy persiguiendo su resplandor lejano,
y ellas marchan desnudas, cogidas de la mano.
A la más joven nimba un halo de tristeza;
vívidas rosas
tejidas en guirnalda ostenta la segunda
y un erótico ambiente de aromas la circunda;
y la tercera virgen de miradas radiosas
ciñe un laurel, y un astro cintila en su cabeza...
A la más joven nimba un halo de tristeza.
Bajo la plateada caricia de la luna,
van su camino;
y en tres rutas diversas se divide el sendero,
y cada cual elige distinto derrotero,
y ofrece cada una diferente destino...
Y yo me quedo absorto, sin seguir á ninguna,
bajo la plateada caricia de la luna...

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ
Mejicano

Del volumen SILENTER, poemas.

LA GRAN ERUPCIÓN DEL VESUBIO

[AÑO 79 DE JESUCRISTO]

Me pides te refiera exactamente la muerte de mi tío, para instruir tú de ello á la posteridad. Te lo agradezco, porque considero que á su muerte ha de seguir inmortal gloria, si tú lo celebras. Aunque pereció en una desgracia que desoló hermosos países, y aunque su pérdida, causada por accidente memorable, que le fué común con ciudades y pueblos enteros, debe eternizar su memoria; aunque escribió muchas obras que no perecerán, confío, sin embargo, en que la inmortalidad de las tuyas contribuirá mucho á la que debe esperar. Por mi parte considero dichosos aquellos á quienes los dioses han concedido la gracia de realizar cosas dignas de ser escritas ó de escribir las dignas de ser leídas; y más afortunados todavía á los favorecidos con ambas gracias. Mi tío ocupará puesto entre los segundos por tus escritos y por los suyos, y esto me impulsa á ejecutar con más gusto todavía órdenes que yo te habría pedido.

Encontrábase en Miseno, donde mandaba la flota. Era la una de la tarde, poco más ó menos, del 23 de agosto, cuando le advirtió mi madre que se descubría una nube de magnitud y forma extraordinarias. Después de haber estado algún tiempo acostado al sol, según su costumbre, y de haber tomado un baño frío, se había echado sobre un lecho¹, donde estudiaba. Levantóse y subió á un punto desde donde podía observar bien aquel prodigio. Difícil era distinguir de qué montaña brotaba aquella nube; después se supo que del monte Vesubio. La nube tenía figura de árbol, pareciéndose á un pino más que á otro cualquiera, porque después de elevarse mucho en forma de tronco, se extendía á manera de ramaje; yo creo

que un viento subterráneo la impulsaba enérgicamente y la sostenía, y sea que el impulso amenguase poco á poco, sea que la nube cediera á su propio peso, veáse la dilatarse y estenderse, apareciendo en tanto blanca, en tanto negruzca, en tanto de colores diferentes, según que se encontraba más recargada de ceniza ó de tierra. Este prodigio sorprendió á mi tío, que era muy sabio, y lo creyó digno de que lo examinase de cerca. Dispuso en seguida que preparasen su nave libúrnica², y me dejó en libertad de acompañarle, respondiéndole yo que prefería estudiar, y por casualidad él me había dado algo que escribir. Salí de su habitación con las tablillas³ en la mano, cuando las tropas de la flota, que estaban en Retina, espantadas por la magnitud del peligro (porque este pueblo está precisamente sobre Miseno y no podía salvarse mas que por el mar) vinieron á suplicarle que les salvase de tan espantosa amenaza. Pero mi tío no cambió de propósito y prosiguió con valor heroico lo que al principio emprendió por simple curiosidad. Maudó venir naves, embarcó en una, y marchó no solamente para ver qué socorros podía suministrar á los retinos, sino que también á todos los demás pueblos de la costa, muy numerosos por la hermosura de ésta. Apresuróse, pues, á llegar al punto de donde todos huían, y donde parecía mayor el peligro; pero con tal libertad de espíritu, que á medida que advertía algún movimiento ó figura extraordinaria en aquel prodigio, hacía observaciones y las dictaba. Conforme se acercaban las naves caía sobre ellas ceniza más espesa y caliente; ya llovían en derredor piedras calcinadas y guijarros ennegrecidos, quemados y pulverizados por la violencia del fuego; pa-

¹ PLINIO EL VIEJO, autor de la famosa *Historia Natural*, Plinio el joven hace este sencillo é interesante relato al célebre historiador romano Tácito, que le pedía noticias de aquella catástrofe para consignarlas en su historia.

² El asiento de los romanos en sus comidas.

¹ Galea de cuatro remos.

² Tablillas cubiertas de cera para escribir en ellas.

recía que el mar se retiraba y la playa se hacía inabordable á causa de los pedazos de montaña que la cubrían; habiéndose detenido algunos momentos, dudando si retrocedería, dijo á su piloto, que le aconsejaba ganar la alta mar: «La fortuna favorece al valor; dirige hacia Pomponiano». Pomponiano se encontraba en Stabia, en paraje separado por un golfo pequeño que forma insensiblemente el mar en aquellas costas encorvadas. Allí, á la vista del peligro, que todavía estaba lejano, pero que se acercaba continuamente, había retirado todos sus muebles á sus navés, esperando solamente para alejarse viento que no fuese tan contrario. Mi tío, á quien aquel mismo viento había favorecido mucho, le abordó, le encontró temblando, le abrazó, tranquilizó y animó; y para disipar con seguridad el temor de su amigo, mandó que le llevasen su baño. Después de bañarse se puso á la mesa y cenó alegremente, ó, lo que no es menos admirable, con todas las apariencias de su ordinario regocijo. Sin embargo, veíanse brillar en muchos puntos del monte Vesubio grandes llamas y resplandores, cuya intensidad aumentaba las tinieblas. Para tranquilizar mi tío á los que le acompañaban, les dijo que lo que veían arder eran caseríos abandonados por los temerosos campesinos, y que habían quedado sin auxilio. En seguida se acostó y durmió profundamente, porque, como era robusto, se le oía roncar desde la antecámara. Pero al fin comenzó á llenarse de tanta ceniza el patio por donde se entraba á su habitación, que á poco más no habría podido salir. Despertáronle, salió y marchó á buscar á Pomponiano y los demás que no se habían acostado. Celebraron consejo y deliberaron si se encerrarían en la casa ó si marcharían al campo, porque las casas estaban tan quembrantadas por los frecuentes terremotos, que parecían arrancadas de sus cimientos, y lanzadas en tanto á un lado, en tanto á otro, y después colocadas de nuevo en su puesto. Fuera de la ciudad era temible la caída de piedras, aunque ligeras y desecadas por el fuego. Entre estos dos peligros, optaron

por el campo raso. En los de su comitiva, un temor venció al otro; en él la razón más fuerte dominó á la más débil. Salieron, pues, y se cubrieron la cabeza con almohadas atadas con pañuelos, única precaución que tomaron contra lo que caía. El día despuntaba por otro lado, pero en el paraje donde se encontraban continuaba una oscuridad la más densa y espantosa de todas, apenas interrumpida por la luz de multitud de relámpagos y de otros resplandores. Consideraron conveniente acercarse á la playa y examinar de cerca lo que el mar permitía intentar; pero lo encontraron muy levantado todavía y agitado por viento contrario. Mi tío, habiendo pedido allí agua y bebido dos veces, se tendió sobre un manto que hizo estender, pero en seguida, pusieron á todos en fuga llamas que parecían más grandes y olor de azufre que indicaba su proximidad. Levantóse, apoyado en dos criados, y en el momento mismo cayó muerto. Creo que le sofocó humareda demasiado densa, y esto con tanta mayor facilidad, cuanto que tenía el pecho delicado y frecuentemente difícil la respiración. Cuando comenzó á volver la luz (y esto sólo fué tres días después) encontré en el mismo punto su cadáver entero, cubierto con la misma ropa que llevaba al morir, y más en la posición de hombre que descansa que en la de muerto. Entretanto mi madre y yo permanecimos en Miseno.

Habiendo marchado mi tío, continúe el estudio que me había impedido seguirle. Tomé un baño, cené, me acosté y dormí algo, aunque con sueño inquieto. Durante muchos días se habían sentido terremotos, estrañándonos muy poco por lo sujetos á ellos que están los caseríos y ciudades de la Campania. Durante esta noche aumentó con tal violencia el temblor, que parecía que no se comovía, sino que se derrumbaba todo. Mi madre entró bruscaente en mi habitación y me encontró levantándome para ir á despertarla, si estaba dormida. Nos sentamos en el patio que separa en corto espacio la casa del mar. Como tenía yo diez y ocho años

solamente, ignoro si debo llamar firmeza ó prudencia á lo que hice: pedí el libro de Tito Livio,¹ me puse á leer, y continué estractándole como podía haberlo hecho en medio de la mayor tranquilidad. Llegó un amigo de mi tío, recién venido de España para verle. Al vernos sentados á mi madre y á mí, teniendo yo un libro en la mano, nos reconvino, á ella por su tranquilidad y á mí por mi confianza. Por mi parte, no levanté los ojos del libro. Eran ya las siete de la mañana y apenas aparecía una luz débil, á manera de crepúsculo. En este momento se conmovieron las habitaciones con sacudidas tan fuertes que ya no era seguro permanecer en aquel punto que, aunque descubierto, era muy estrecho. Resolvimos salir de la ciudad: asustado el pueblo, nos siguió en tropel, estrechándonos, empujándonos, y apelando á lo que en el terror sirve de prudencia; cada cual no creía nada más seguro que hacer lo que veía á los otros. Cuando nos encontramos fuera de la ciudad nos detuvimos, y allí nos asaltaron nuevos prodigios y nuevos terrores. Los carruajes que habíamos llevado, á pesar de encontrarse á campo raso, se agitaban de tal manera, que ni sujetándolos con piedras gruesas se les podía mantener en su sitio. El mar parecía volver sobre sí mismo, como repellido de la orilla por el terremoto. La playa era más ancha, en efecto, y se encontraba llena de diferentes pescados que habían quedado en seco en la orilla. En el opuesto lado veíase una nube negra y horrible, surcada por fuegos que brotaban serpenteando, abriéndose y dejando escapar llamaradas como relámpagos, pero mucho más grandes. Entonces volvió por segunda vez el amigo de que acabo de hablar, instando con mayor ahínco; «Si tu hermano, si tu tío vive, dijo, desea, sin duda, que os salvéis; si ha muerto, ha deseado que le sobreviváis. Que esperáis, pues? Porque no os ponéis en salvo?» Nosotros le contestamos que no podíamos pensar en nuestra seguridad, mientras

estuviésemos inquietos por la muerte de mi tío. El español partió sin esperar más, buscando su salvación en precipitada fuga. Casi en el acto cayó á tierra la nube cubriendo los mares, ocultándonos la isla de Capri, á la que envolvía, y haciéndonos perder de vista el promotorio Miseno. Mi madre me rogó, me instó, me mandó que me pusiera en salvo «de cualquier manera que fuese», me hizo observar que era cosa fácil á mi edad, y que ella, cargada de años y muy gruesa, no podía hacerlo; que moriría contenta, si no era causa de mi muerte. Yo le dije que no había salvación para mí sin ella; cogíla de la mano y la obligué á acompañarme, haciéndolo con trabajo y lamentando lo que me retrasaba. Comenzaba á caer sobre nosotros la ceniza, aunque en pequeña cantidad. Vuelvo la cabeza y veo á la espalda densa humareda que nos perseguía, estendiéndose por el terreno á manera de torrente. «Mientras vemos, dije á mi madre, dejemos el camino carretero, no sea que la multitud que nos sigue nos ahogue en la oscuridad». Apenas nos habíamos separado, de tal manera aumentaron las tinieblas que parecía nos encontrábamos no en noche oscura sino en una habitación en que se hubieran apagado todas las luces. No se oían más que lamentos de mujeres, gemidos de niños, y gritos de hombres. Uno llamaba á su padre, otro á su hijo, aquel á su esposa, no reconociéndose más que por la voz. Este deploraba su desgracia, el otro la suerte de sus parientes, habiendo alguno á quien el temor de la muerte le hacía invocar á la muerte misma. Muchos imploraban el auxilio de los dioses, muchos creían que no los había, considerando que esta noche era la última y eterna noche en que había de quedar sepultado el mundo, y ni siquiera faltaban quienes aumentaban el temor razonable y justo con terrores imaginarios y quiméricos, diciendo que en Miseno había caído esto, había ardido lo otro, dando el miedo crédito á sus mentiras. Apareció una claridad que nos anunciaba, no el regreso del día, sino la proximidad del fuego que nos amenazaba; sin embar-

¹ Historiador romano

go se detuvo lejos de nosotros. Volvió la oscuridad y comenzó de nuevo la lluvia de ceniza más fuerte y más espesa. Veíamos obligados á levantarnos de tiempo en tiempo y á sacudir las ropas, porque de no hacerlo así, nos habría cubierto y sepultado. Podría alabarme de que en medio de tantos peligros no se me escapó ni una queja, ni un lamento, sosteniéndome la consideración, poco razonable, pero natural al hombre, de que todo el universo parecía conmigo. Al fin se disipó poco á poco aquel denso y negro vapor, desapareciendo por completo como una humareda ó una nube. Poco después apareció la luz, se vió el sol, aunque amarillento y á la manera que aparece en los eclipses. Todo aparecía cambiado á nuestros ojos, perturbado todavía, no viendo nada que no estuviese oculto bajo montones de ceniza, como bajo la nieve. Volvimos á Miseno, y cada cual se acomodó lo mejor que pudo, pasando nosotros una noche entre el temor

y la esperanza, pero principalmente entre temores, porque continuaba el terremoto. No se veía más que personas asustadas aumentando su terror y el ajeno con sinistras predicciones. Sin embargo, no se nos ocurrió retirarnos hasta que recibiésemos noticias de mi tío, aunque continuábamos amenazados de un peligro tan espantoso y que tan de cerca habíamos visto. ¹

PLINIO EL JOVEN ²

CARTAS. La 16 y la 20 del Libro VI. Traducción castellana de la «Biblioteca Clásica.»

¹ Algunos días después se conoció la causa de aquel cataclismo y los estragos que causó. La erupción duró tres días. Al fin de este incendio, cuyas cenizas fueron á caer hasta el Egipto y la Siria, se observó que toda la costa vecina había cambiado de forma; que montañas de piedras y de ceniza ocupaban el lugar en que se alzaban las ciudades de Stabia, Pompeya, Oplontis, Resino y Herculano.

² CAIUS PLINIUS CAECILIUS SECUNDUS, ó Plinio el joven, escritor romano. Vivio del año 62 después de Cristo al 107. probablemente. El año 79 presenció la gran erupción del Vesubio. Sus CARTAS son valiosos documentos sobre la vida del pueblo romano.

LA HOJA

Ibamos niños
por la floresta
llena de aromas
y de rumor:
todo cantaba
la alegre fiesta
del primer beso
de nuestro amor.

Nos saludaron
myrtos y palmas,
su frente al sauce
doblar miré;
á augurar dichas
á nuestras almas
cantó en las ceibas
el Dios-te-dé.

Hizonos toldo
fresco y sombrío
con sus ramajes
el cafetal;
epitalamio,
nos hizo el río,

cantó las nupcias
un cardenal.

Vió por diadema
su sien divina
temblante aljofar,
diamantes mil;
tuvo por velo
tenue neblina
tules dorados
al sol de abril,

y allí premiando
mi amor primero,
sus esponsales
me refrendó;
con una espina
de limonero
sobre una hoja
los escribió,

Cómo esa prenda
me envanece!
ni en sueños hubo

ventura igual:
yo era cual árbol
que se gloría,
de su follaje
primaveral.

Ay! qué ventura
tan ilusoria!
Tánta protesta
dónde se fué?
Dílo, hoja frágil,
triste memoria
donde la niña
grabó su fe.

Hoy, con la prenda
que me acongoja
contra este pecho
que la adoró,
soy como el árbol
al que una hoja
de su atavío
sólo quedó.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO
Venezolano

LA CARIDAD

Si yo hablase en lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviese caridad, soy hecho *como* metal que resuena, ó platillo que retiñe.

Y si tuviese *el don de* profecía, y entendiese todos los misterios, y toda ciencia; y si tuviese toda la fe, de manera que pudiese tras-

y cesar las lenguas, y desaparecer la ciencia.

Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos.

Mas después que venga lo que es lo perfecto, entonces lo que es en parte será abolido.

Cuando yo era niño, hablaba co-



MY LADY CHARITY

MI SEÑORA CARIDAD

Hermoso cuadro del artista inglés J. Young Hunter

pasar las montañas, y no tuviera caridad, nada soy.

Y si repartiese toda mi hacienda para dar de comer á *poobres*; y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, de nada me sirve.

La caridad es sufrida, es benigna: la caridad no tiene envidia: la caridad no es jactanciosa, no es hinchada.

No se comporta indecorosamente, no busca lo que es suyo, no se irrita, no piensa mal,

No se huela en la injusticia, mas huégase en la verdad:

Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

La caridad nunca se acaba: aunque las profecías se han de acabar,

no niño, pensaba como niño, sabía como niño; mas cuando ya fui hombre hecho, puse á un lado las cosas de niño.

Porque ahora vemos por espejo oscuramente; mas entonces, cara á cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré como soy conocido.

Y ahora permanece la fe, la esperanza, y la caridad, estas tres; empero la mayor de ellas es la caridad.

SAN PABLO ¹

CORINTIOS, Cap. XIII. Versión castellana de Cipriano de Valera.

¹ San Pablo es el más grande de los Apóstoles por su genio y por su corazón. La página trascrita sobre la caridad es uno de los más hermosos pasajes, no sólo de la *Epístola á los Corintios*, sino del NUEVO TESTAMENTO.

CAZA

Tengo tal fe en la influencia de los sentimientos humanitarios que al niño se le inculquen en edad temprana, que me considero en el deber de concretar, lo más brevemente posible, las varias instigaciones que por numerosos medios pueden darse y se están dando continuamente para encaminar al niño por las vías del bien ó del mal.

Con paternal amor, le enseñaría yo al niño, en primer lugar, la insensatez, el egoísmo, la fiera y crueldad de la caza como deporte. Apartaría de sus manos las balistas, escopetas y demás armas ofensivas conque pudiera herir, torturar ó matar aves, cuadrúpedos y otros animales; y en vez de alentarle á martirizar pajaritos, le demostraría los grandes beneficios que incensantemente nos allegan destruyendo larvas, orugas, insectos y roedores perjudiciales; y que si no fuera por la persecución de los pájaros, se multiplicarían estos bichos hasta el punto de destruir materialmente las plantaciones. Le recordaría como alegran y embellecen nuestra vida con su canto. Le explicaría la manera que tienen de fabricar su nido, de procurarse el alimento, su maravillosa fuerza de domesticación, su portentoso instinto é infatigable perseverancia. Por lo tanto, le enseñaría á amarlos, á estudiar sus costumbres, á cuidarlos y darles de comer.

La afición al deporte cinegético indica una de estas dos cosas: imbecilidad inexcusable ó refinado egoísmo impropio de un ser humano y racional.

Ningún hombre verdaderamente cuerdo y varonil, ni mujer alguna verdaderamente sensata y valerosa, puede numerarse en una partida de caza.

Cuando leemos ú oímos que tal ó cual señora de distinción ó que la esposa de este ó aquel caballero de resonante apellido, se entregan á la egoísta, cruel y salvaje diversión de la caza, tengamos por cierto que sólo la mueve el deseo de verse en lenguas de las gentes ó en plumas de los gacettilleros; y con se-

mejante afán toma parte en la caza del ciervo, de la zorra ó del jabalí, dando con ello suficientes indicios de su verdadero carácter personal.

No ha mucho tiempo, llamó mi atención cierto pastor protestante de una ciudad de Nueva Inglaterra, que había publicado en los periódicos un artículo apologético de la caza, disputándola como el más excelente pasatiempo y recreo de los hombres de su profesión, y estimulándoles á cobrar á dicho deporte tanto cariño como ya él le tenía. Meditando sobre esto, parecíame inverosímil que aquel hombre no penetrase el verdadero sentido de las dulces y compasivas enseñanzas del Cristo á quien prometió seguir, dejando aparte las humanitarias máximas de Buda, tildado quizás de idólatra por el citado pastor en sus pláticas y sermones. Hemos de tener reparo en acusarle de ignorancia inexcusable ó de lastimoso y brutal egoísmo?

No puedo por menos de citar aquí las siguientes palabras del arcediano Farrán, que poco ha llegaron á mis oídos:

«Varias veces he presenciado á orillas del mar un triste y lastimoso espectáculo cuyo recuerdo me llena de espanto todavía. Gran número de inocentes avecillas marinas yacían muertas sobre la arena, tinto en sangre el blanco plumaje, arrojadas allí después de servir su martirio y matanza de diversión á hombres sin entrañas. Diversión? Execrable diversión! Porque execrable es el divertirse matando por el placer de matar; y no cabe suponer más estúpido empedernimiento, ni más callosa insensibilidad á la compasión, que la de los hombres que al ver cómo las aves de inmaculada blancura rozan con sus alas la resplandeciente superficie del azulado mar, se embarcan con sus hijos en un bote para embrutecerles el alma en aquella salvaje diversión. Execrable pasatiempo, vuelvo á repetir, el de matar las hermosas avecillas de Dios ó herirlas cruelmente y dejarlas abandonadas en la solitaria arena!»

Otro párrafo que ha pocos días me envió un buen amigo dice así:

«El célebre novelista ruso Turgenieff, nos cuenta un conmovedor episodio de su vida, que despertó en él los generosos sentimientos de ternura cuyo hechizo hermosea todas sus obras literarias.

Cuando Turgenieff tenía diez años, llevó su padre una mañana á cazar pájaros. Al cruzar un campo de rastrojos, levantó el vuelo, casi á sus pies, un hermoso faisán dorado y rosa; y con el júbilo de un depormán en cuyas venas arde el fuego de la afición, disparó el niño Turgenieff su escopeta, yendo el faisán á caer mal herido junto á él. Era hembra el ave, y la vida se le acababa por momentos; pero prevaleciendo el instinto maternal sobre la misma muerte, alcanzó el faisán con débil vuelo el nido donde su tierna cría reposaba sin advertencia del peligro. Vituperóse entonces Turgenieff de que su corazón permaneciese tranquilo ante el daño que había hecho, y asomándose al nido, vió que el cadáver del faisán escudaba al pequeño. Avergonzado en aquel instante por el sentimiento de críminosa crueldad que le había pervertido, y excitado por el remordimiento:

—Padre! padre! qué hice?—esclamó volviendo la faz horrorizada hacia el autor de sus días.

Pero al padre no le había pasado

por alto la leve tragedia y respondió:

—Bien hecho, hijo mío! Has disparado perfectamente el primer tiro. Pronto serás un cumplido depormán.

—Nunca, padre! Nunca volveré á matar ningún ser viviente. Si eso es deporte, no quiero nada con ello. La vida es para mí más hermosa que la muerte; y puesto que no puedo dar vida, no la quitaré.»

Aleccionados por este ejemplo, en vez de poner en manos del niño una escopeta ó cualquier otra arma ofensiva que pueda servir de instrumento para herir, martirizar ó matar un solo animal, démosle el objetivo y la cámara oscura y enviémosle á ser el amigo de los animales, á observar y estudiar sus cualidades y costumbres, á aprender de ellos las maravillosas lecciones que pueden enseñarnos; y de este modo se esplayará su admiración y solicitud hacia ellos, llegando á ser por su carácter el tipo del hombre verdaderamente varonil y gallardo en oposición al del hombre empedernido, egoísta y brutal.

RODOLFO WALDO TRINK

El respeto á todo ser viviente. ¹ 1 Vol. ps. 21 á 26. Ed. española de la Librería Parera, Barcelona.

¹ Este librito contiene numerosas aplicaciones prácticas de moral pedagógica y debe ser leído y meditado por todos los educadores de la niñez.

CONTINENTE É ISLA

La sencilla, pero vieja y defectuosa definición de isla, nos la presentaba sólo como una porción de tierra circundada por el mar. Si aceptáramos tal definición, en verdad no sabríamos distinguirla del continente, pareciéndonos éste una gran isla, y aquélla un pequeño continente, desde luego que ambos emergen de las ondas. Tampoco podríamos aceptar la definición ingeniosa, pero transitoria, de Kant ¹, para quien la isla era «aquella tie-

rra levantada, entorno de la que puede el hombre navegar» y continente «aquella que un barco no haya circundado por completo.» Aceptando hoy este criterio, el Antiguo continente, el mayor entre todos, habría perdido el carácter de tal, y adquirido el de isla, puesto que Nordenskiöld, en su célebre periplo ¹, recorrió por los años 1878 y 79 el ignoto oceano Boreal del Atlántico al Pacífico. Así las cosas,

¹ Filósofo alemán (1724 á 1804).

¹ Navegación entorno de un mar ó á lo largo de la costa de un país.

sólo América y de un modo incierto, sería continente.

La distinción entre isla y continente sería más firme, si aceptaríamos la definición de Guthe-Wagner, según la cual el nombre de isla comprendería las porciones menores de tierra que hasta en el interior sufren la influencia, sobre todo climatérica, del mar que las circunda. Sin olvidar el tamaño, se le señala en este caso un valor justo. No podríamos hallar un criterio que nos guiara para distinguir cuales de las tierras levantadas se incluyen entre las islas ó entre los continentes, si sólo nos limitáramos á las dimensiones superficiales. El antiguo continente es más del doble del nuevo y éste cinco veces mayor que Australia, la cual sólo es el triple de la Nueva Guinea. En dónde termina la isla, en dónde comienza el continente? El salto mayor en las dimensiones, ciertamente se nota en el continente nuevo y el austral y basándose en esto, con Marmocchi, debiera considerarse á la Australia como la más grande de las islas. Sin embargo, quizá no exista una masa de tierra emergida en que los caracteres continentales resalten tan distintamente como en Australia, en donde las influencias del oceano son nulas en absoluto ó como tales aparecen, sobre las regiones internas, áridas, desiertas, demasiado estensas y uniformes; en donde una fauna, una flora y una estirpe humana completamente endémicas y originales, revelan la existencia de un mundo propio y distinto de cualquier otro.

Para nosotros, como para la mayoría de los geógrafos actuales, el puesto que á la Australia le corresponde no tiene discusión. Pero si ella es un continente, aun se duda si puede afirmarse lo mismo de la tierra verde, de Groenlandia.

Según el criterio de Kant, debiera clasificarse entre los continentes—á despecho del nombre que le impuso Erik Randa, uno de sus primeros descubridores—esa tierra cubierta de hielos eternos, cuya circunnavegación nadie ha hecho hasta ahora. Pero ninguno conoce el interior, en donde suponemos por inducción que vivan varios ejemplares de la flora

y la fauna ártica, sepultados bajo la sabana permanente de hielo y de nieve; y adonde penetran, sin duda, los vientos oceánicos, produciendo efectos parecidos á los de los *foen* ó de los *sirocos* alpinos¹.

Por lo demás, á ningún continente le falta un cortejo de islas, que sigue á la mole mayor, de acuerdo con un reparto que no es igual para todos, pero reducido á ciertos límites y siempre de una decidida inferioridad superficial. Por lo que el continente groenlandés, con su extensión de casi dos millones y $\frac{1}{2}$ de kilómetros cuadrados, sería un poco más grande en extensión que el conjunto de islas Boreales que la orlan y que comprenden más de un millón y $\frac{2}{3}$ de kilómetros cuadrados.

De donde se saca que la Groenlandia necesariamente viene á ser la primera de las islas, pudiendo ser el último de los continentes.

JUAN MARINELLI

Lecture Storiche e Geografiche. I vol. páginas 308 y 309. R. Bemporad & Figlio, Editores. Firenze (Italia). Trad. de ARIEL.

SEGAR Y PULIR

Llegaron á segar un campo dos segadores. El uno, ansioso de segar mucho, empezó á cortar sin cuidarse de afilar la guadaña y al poco rato, mellada ella y embotado el filo, derribaba la yerba, mas sin cortarla. El otro, deseoso de segar bien, se pasó toda la mañana en afilar su instrumento, y al caer de la tarde ni éste ni aquél habían ganado su jornal. Así hay quien solo se cuida de obrar sin afilar ni pulir su voluntad y su arrojo, y quien se pase la vida en afilar y pulimento y en prepararse á vivir le llega la muerte. Hay, pues, que segar y pulir la guadaña, obrar y prepararse para la obra. Sin vida interior no la hay exterior.

MIGUEL DE UNAMUNO

Vida de don Quijote y Sancho.

Envío de V. M. Obregón.

¹ *Foen*, viento caliente del suroeste, muy conocido en Suiza. *Siroco*, otro viento del Sur, caliente y húmedo; sopla sobre Francia é Italia.

ROMANCE DEL CONDE ARNALDOS

Quien hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el Conde Arnaldos
la mañana de San Juan!

Con un falcon¹ en la mano
la caza iba á cazar,
vió venir una galera
que á tierra quiere llegar.

Las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar hacía en calma,

los vientos hace amainar,
los peces que andan nel hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
nel mástel las faz posar.

Allí fablo el Conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá.

—Por Dios te ruego, marinero,
dígame ora ese cantar:

Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué á dar:

—Yo no digo esta canción
sino á quien conmigo va.

(*Ícjo Romance Castellano.*)

PENSAMIENTOS Y AFORISMOS

1. Hablar de hombres libres es una simpleza. No existen hombres libres; el matrimonio, las relaciones de hombre á mujer han corrompido la raza humana y puesto un sello de esclavitud sobre los individuos.

2. Es inadmisibile que los sabios martiricen los animales en nombre de la ciencia. Los médicos debieran servirse para sus esperiencias de periodistas y políticos.

3. La sociedad moderna no es una sociedad de hombres y de mujeres; es una sociedad masculina.

4. El culto de la patria es una etapa del espíritu humano.

5. Cuando los liberales desean mejorar la condición de las mujeres, empiezan por consultar la opinión pública, es decir, á los hombres. Tanto valdría pedir á los lobos que sean partidarios de medidas protectoras en beneficio de las ovejas.

6. Es penoso que los pensamientos más bellos sean concebidos por los peores canallas.

7. La conciencia no es una cosa fija. Varía según los individuos y las épocas. La del campesino es an-

ticuada. Las luchas de partidos se libran entre las conciencias pasadas de moda y las conciencias nuevas.

8. Se creará una aristocracia nueva. No será ni de la cuna ni del dolar, ni del talento ni del saber. La futura aristocracia será la de la voluntad, la de la acción.

9. El cristianismo desmoraliza y nulifica de varios modos á las mujeres y á los hombres.

10. Se dice que el suicidio es inmoral. Y que otra cosa es eso de vivir matando poco á poco nuestro «yo» por respeto al medio que nos envuelve?

11. En la civilización, el individuo sufre el mismo cambio que experimenta el niño al hacerse hombre. El instinto se debilita, pero la lógica se desarrolla. El adulto ha perdido ya el gusto por las muñecas.

12. Existen dos clases de leyes morales, dos clases de conciencias. Una en el hombre, otra en la mujer. Dos conciencias estrañas una á la otra; sin embargo, en la vida práctica, la mujer es juzgada conforme á la ley del hombre, como si fuera un hombre y no una mujer.

¹ Ave de rapiña, amaestrada antiguamente para la caza.

HENRIK IBSEN

Oeuvres posthumes, 3 vols. Trad. de ARIEL.